



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Gabriela Mistral, Unamuno y Vasconcelos

Autor: Pinillos, María de las Nieves

Forma sugerida de citar: Pinillos, M. N. (1990). Gabriela Mistral, Unamuno y Vasconcelos. *Cuadernos Americanos*, 2(20), 84-88.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IV, núm. 20, (marzo-abril de 1990).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## GABRIELA MISTRAL, UNAMUNO Y VASCONCELOS

Por *María de las Nieves* PINILLOS  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE, MADRID

EN EL ARCHIVO de Unamuno, en la antigua casa rectoral de Salamanca, entre un verdadero tesoro de correspondencia dirigida a don Miguel por lo más brillante de la intelectualidad americana del primer tercio del siglo, he encontrado una carta de Gabriela Mistral.

La circunstancia del interés histórico de la carta, sumada a la oportunidad de celebrar este año el centenario del nacimiento de la autora, primer Premio Nobel americano de Literatura, me animan a darla a conocer.

El texto íntegro va a continuación, pero creo imprescindible precederle de alguna referencia a la situación en la que se escribió y a los tres personajes involucrados, que en realidad son cuatro, si bien uno de ellos no comparte la misma dimensión de afinidades que ligan a los otros.

La carta va dirigida “a los señores Romain Rolland, en Suiza, y Miguel de Unamuno, en Hendaya”. Gabriela Mistral dirige el mismo texto a los dos intelectuales. Es obvio que a los dos les considera con peso moral suficiente como para influir positivamente en el ruego que justifica su escrito.

Romain Rolland es un gran escritor francés, pacifista, Premio Nobel de Literatura en 1915 —Gabriela lo recibió en 1945. Miguel de Unamuno es el obligado punto de referencia de cuanto hay de creador en las letras y en el espíritu del mundo que habla y piensa en castellano. Nadie como Unamuno va a gozar de tanto respeto y prestigio, no sólo por su obra intelectual y trayectoria personal, sino por la confianza generalizada —existen múltiples testimonios de ello— de que es el español que mejor entiende y más se interesa por América.

Desde la vinculación paterna con México —Félix de Unamuno fue un vasco emigrante retornado—, hasta su dilatada relación de colaborador en publicaciones de toda América, iniciada en 1899 en *La Nación*, de Buenos Aires, que sólo con este diario va a superar los cuatrocientos artículos, Unamuno va a ser un infatigable apasionado de lo americano.

Más de la cuarta parte de su biblioteca particular corresponde a sus autores; recibe cartas de unos mil doscientos corresponsales —amigos, admiradores— de aquel continente, entre ellos, los nombres más importantes de la cultura de su tiempo; hace crítica literaria hispanoamericana en *La Lectura*, *La Epoca*, *El Liberal*, *El Imparcial*, *La Ilustración Española y Americana*, *La Esfera*; y en América publica, además de en *La Nación*, en *Caras y Caretas*, *El Sol* y *El Tiempo*, de Buenos Aires, en *El Herald de Cuba*, *El Diario*, de México, y otras publicaciones más de diversas naciones.

Gabriela Mistral confía en que Unamuno no puede ser desoi-do. Su carta es un llamamiento desesperado en favor de la vida de Vasconcelos que, verosímilmente, ve en claro peligro.

José Vasconcelos, fundador del Ateneo de la Juventud, la institución que más limpiamente había tratado de salvar la libertad de pensamiento durante la dictadura de Porfirio Díaz en México, y después, decidido militante maderista, era el artífice de lo más noble y duradero de la revolución mexicana.

Ministro de Educación Pública con el Presidente Alvaro Obregón (1921-1924), a él se debían la renovación educativa, con una victoriosa lucha contra el analfabetismo, y una revolucionaria concepción educadora integral; la reivindicación de la creatividad artística artesanal, su fomento y desarrollo; el impulso a la pintura mural, como arte para el pueblo; el deporte para todos; la creación de miles de bibliotecas y orquestas populares; la edición y distribución, a bajísimo costo, de los clásicos de la lengua castellana.

Precisamente, para esta labor había requerido la colaboración de Gabriela Mistral, que fue la seleccionadora de las ediciones de libros infantiles hechas por el Ministerio regido por Vasconcelos.

Como se ve, la carta no está fechada, pero por los sucesos a los que hace mención, puede situarse en el mes de diciembre de 1929.

En noviembre de ese año, Vasconcelos se había presentado candidato por el Partido Antirreeleccionista en las elecciones presidenciales a las que concurría también Pascual Ortiz Rubio, como hombre del "Jefe Máximo de la Revolución", Plutarco Elías Calles y, por tanto, destinado a ser el ganador.

La campaña se había desarrollado con bastante violencia. El propio Vasconcelos había sufrido varios intentos de asesinato.

Cuando, como era esperado y con todas las irregularidades posibles, triunfó el candidato oficial Ortiz Rubio, Vasconcelos se declaró Presidente electo e invitó a la rebelión mediante el Plan de Guaymas.

Ese es el momento en que Gabriela Mistral ve, seriamente, peligrar su vida. De ahí su movilización para presionar al Presidente Emilio Portes Gil, a fin de que la garantice y le permita salir indemne de territorio mexicano.

El interés histórico de la carta es patente. Se trata del testimonio en vivo de un momento confuso y apasionante en que se va configurando, entre magnicidios y sacrificios inmensos, el Estado nacido de una revolución, todavía prisionero del ejército que la ganó.

Pero, además, nos ayuda a comprender la dimensión de Vasconcelos —su vida “es preciosa no sólo para su país sino para la América española toda”—, junto con la dimensión moral de su autora. Y la vemos grande en humanidad, tanto como lo fue en las letras.

A los señores Romain Rolland, en Suiza  
y Miguel de Unamuno, en Hendaya

Respetados e ilustres amigos:

Perdónenme ustedes el que, saliendo de un viejo hábito de no pedir servicios personales, les lleve a su mesa una petición, y una petición de importancia. Sería un grave remordimiento para mí el no haber llamado a la puerta de ustedes y haber usado solamente de mis pobres fuerzas en este trance de peligro de un amigo común.

Me impongo por la prensa de París de que don José Vasconcelos ha lanzado una proclama de rebelión contra el Gobierno, de que éste ha dado órdenes de buscarlo en el territorio y de no permitirle pasar la frontera y de que su vida corre en estos días *un riesgo mortal*.

Posiblemente fui yo la única entre sus amigos que le dijo amargas verdades sobre la aventura loca de su candidatura, insensata no en cuanto a que él no merezca la presidencia de México, de la cual es dos veces digno, insensata en cuanto a su situación personal de enemigo del gobierno actual. A lo largo de la América, y me permitiría decir que sin excepción, cada presidente nuevo sale de la

voluntad, desnuda o velada, del presidente anterior; la opinión pública no existe, excepto en el Uruguay y la Argentina, donde tampoco logra imponerse; los países indios no votan, dejan elegir presidente y diputados. No había, pues, probabilidad alguna de que nuestro amigo ganara unas elecciones en México y yo no tuve la menor sorpresa con su derrota.

Si la prensa dice esta vez la verdad, él se habría lanzado a la eterna aventura mexicana de la rebelión, perfectamente inútil, porque no hay posibilidad de gobierno puro, por ahora, en un país donde el ejército domina en dueño absoluto, y a pesar de Vasconcelos, seguiría dominando. Comprendo que se le declare en rebelión, pero no comprendo que se procure por todos los medios el que salga del país, y me aflige el hecho de que se hayan dado las órdenes clásicas de perseguirlo por la tropa. Yo he vivido en México, yo conozco los hábitos del país como los de Chile y sé que esta simple orden de arresto dada a la tropa del territorio entero puede dar el resultado conocido por cien experiencias anteriores: el primer adulón del régimen, cualquier inconsciente, sin orden de matar, con obligación de aprehender únicamente, puede matarlo donde lo halle, como se mató a Carranza sin la voluntad de Obregón, como se mató a los jefes de la rebelión pasada. El ejército está podrido y no conoce otra escalera de ascensos que el adulo a la pasión del jefe y es tan neciamente criminal, que no entiende siquiera cuando daña en su prestigio al mismo régimen que sirve.

La vida de Vasconcelos, mis amigos, es preciosa no sólo para su país sino para la América Española toda. La reforma educacional que se realiza en el Continente, de él deriva y de él viene en derecho; su periodismo es el más educador de nuestros pobres pueblos hoy por hoy; su vida pública de una limpieza perfecta es el ejemplo vivo y quemante de nuestra juventud. Es preciso evitar al mismo México la vergüenza que sería su asesinato, el cual puede ser consumado en cualquier momento, sin ninguna voluntad del presidente actual, a causa de los tristes hábitos militares, y en general políticos, del país.

Mi petición a ustedes se reduce a esto: el envío de un telegrama *personal* de cada uno de ustedes por separado al Presidente Portes Gil, solicitando escuetamente que se permita al Licenciado Vasconcelos dejar el país sin riesgo para su vida. Yo pido a ustedes este favor, *con verdadera angustia*, y espero que me sea concedido y con la rapidez que el caso requiere. Sería para mí lo más penoso del mundo que para obtener esta salida de Vasconcelos de su país tuvié-

ramos que acudir los escritores a una gestión oficial, ingrata para el gobierno mexicano e ingrata para nosotros mismos. Se piensa en ella de parte de varios escritores sudamericanos y se apelará a ella solamente en el caso de que fallen estas gestiones personales con el Presidente. Los gobiernos de la América del Sur no pueden pedir gracia para Vasconcelos como para un adicto y un amigo, porque uno por uno, casi todos han sido fustigados por él y yo sé que a Vasconcelos le sería profundamente doloroso recibir, sin haberla solicitado, esta gracia de ellos.

La voz de ustedes puede ser escuchada, evitar a todos una enorme desgracia y salvar la vida más noble y la más valiosa del continente español, la que con más vehemencia lava y cauteriza sus llagas, la más fuerte para hacerse oír y, sencillamente, la más generosa. El Licenciado Vasconcelos es para nosotros una criatura creada para nuestra redención, con su tercio de Sarmiento, de Montalvo y de José Martí.

Sus errores pesan una pluma al lado de sus servicios; sus ligerezas y sus violencias son las de su raza misma; pero sus virtudes, ellas son las más absolutas de la raza española; pureza, aliento épico para civilizar, valor temerario y una cultura *permeada de humanidad*.

Ruego a ustedes que en el caso de que me concedan este favor que para nosotros no tiene precio, se dignen enviar el telegrama en cuestión a don Carlos D. Ambrosis, 2, Place Fallières, Talence, Gironde, France; él se encargará de enviarlo por el grupo de los amigos de Vasconcelos.

Escribo a ustedes desde Italia, a donde me he venido por una dolencia reumática que el clima de Avignon me maltrató mucho; permítanme que ingenuamente, con la ingenuidad de las pobres mujeres, les ofrezca una casa con mar y pinos a los costados, donde a ambos se les admira mucho y se les quiere tanto como se les admira. Muchos deseos tengo de ver a ustedes dos, cuyo recuerdo y cuyo rostro, que sigo viendo, me han confortado tantas veces, limpiado y consolado de manera casi sobrenatural.

Su servidora y amiga,

Dirección: Cavi di Lavagna. Prov. de Génova, Italia.

P.D. Mi carta es estrictamente privada; yo no actúo en ninguna acción política de la América.